

Crónicas de La Candamia

Capítulo I: El Gran Jefe Colmillo Blanco

La jornada comenzó por la mañana sobre las 11,00 h frente al Bar «YastánaquílosPutosMoteros» (vaya desde aquí un saludo para todos los padres del mozo), frente al bosquecillo de La Candamia, habitual punto de reunión de los mulos del Club. La mañana transcurrió plácidamente saltando alegremente de zona en zona, como mariposas. La mayor actividad corrió por parte de los blancos. Por ejemplo: Juan hizo tres nuevos descubrimientos:

1. Las ruedas mejoran notablemente si llevan tacos
2. Éstas a su vez, mejoran notablemente si los tacos son cuadrados.
3. Las ruedas *Pirellín* no pertenecen a la marca secundaria de la francesa. Es más: *Pirellín* ni siquiera existe.

Pablo demostró que la lectura de los tres primeros volúmenes de "El embrague: mitos y leyendas" van dando ya sus frutos. Mientras, nuestros aguerridos *Top Riders* continuaban perfeccionando sus *back-flips* a una mano. Así, ayudada por una mañana casi primaveral, se vislumbraba una tranquila e instructiva jornada. El almuerzo en Los Tres Picos discurrió con alegre compañerismo y divertida conversación, hasta que una conocida figura proyectó tenebrosamente la sombra a contraluz del ventanal. Don Ángel hacía su entrada en la sobremesa. Si no fuera por esa incontrolable atracción por el riesgo que padecemos todos los socios del Club, cualquier otro aficionado hubiera puesto alguna excusa y -a la inglesa- puesto a buen seguro sus posaderas. Pero no, nosotros somos tozudos como mulos y nos puede el olor a aceite y gasolina; de modo que tras repostar comenzamos la liturgia del pachanguero trialero para templar las armas.

Esta tarde pude observar cómo un revelador gesto delata las travesuras de nuestro presi. Veréis: La cosa comenzó con Roberto Calentones, quien llevado por la euforia del encuentro y en su candidez, manifestó ingenuamente: "Oyes: que esto del Trial engancha y yo ya me he pasado la semana con «mono»...". El incansable radar de Don Ángel no desdeñó el mensaje y, una vez urdido el plan, una sardónica sonrisa abrió el camino a una maquiavélica señal de alerta: su canino superior izquierdo emana un brillo azulado cegador imposible de evitar. Es la señal. Ese es el momento de apretar las nalgas, desahogar la moto y reconciliarte con Dios, porque nuestro apacible y paciente

abuelo, se transforma en El Gran Jefe Colmillo Blanco, y ese Pentium bioquímico sobrealimentado que tiene por cerebro ha terminado de urdir su plan.

En este caso lo bautizó con el pintoresco título de "El descenso de La Fuente del Moro". Pero tan evocador título ocultaba ladinamente una aterradora realidad. Lo cierto es que aún no tengo claro si es lo avanzado de su edad lo que provoca en el anciano peligrosas esas confusiones léxicas, o simplemente es malaleche, porque el "descenso" era más bien una bajada a los infiernos discurriendo por la cresta de un doble despeñadero que Dios debió de etiquetar como "modelo a no repetir" el lunes de la Creación. Pero lo mejor fue la vuelta, una ruta concienzudamente trazada con la sofisticada ingeniería: «igualperoparriba». Colmillo Blanco, con tono conciliador, nos anunció como un "Nada, nada... Tú metes la segunda, suave y parriba" que suscitó en Pedro un "...bueeeeno, hay que confiar en el viejo. ¡Ánimo, chicos!", pero que, minutos más tarde, se convirtió en un "¡Hay que encerrar a este hombre de una vez!". Yo miraba la profundidad de las gargantas y su amenazadora contigüidad a ambos lados del sendero, y no podía más que recordar los episodios de «El Coyote» y «El Correcaminos». Creo que los filmaron allí, es más: creo que al coyote lo despeñaba Don Ángel.

Bueno, bromas a parte -y en previsión de que en su próxima idea tome cumplida venganza del sarcasmo de esta crónica- hay que decir que nadie es capaz de darle dos vueltas al *acojonómetro* como Don Ángel, pero también es el único capaz de adornar con sus rutas y excursiones un deporte de por sí tan bonito. ¡Un sombrero para el Gran Jefe Colmillo Blanco! Salida a salida nos demuestra por qué es el acemilero mayor. No dejaremos de agradecer sus sabios consejos y su infinita paciencia para desasnarnos un poco a cada salida.

La tarde discurrió a partir de entonces con más caución, y -como no podía ser de otra manera- la finalizamos en la Olla de *Starman* en donde Gonzalo dejó cómodamente sentados a todos los santos del cielo, y Rubén nos recordó a todos por qué le hemos puesto su nombre a esa zona. Antes dije que "como no podía ser de otra manera" porque la cara de la mayoría era una oda a la fatiga y un "toymataotío" patético. Y así fue que volvimos caminito de la tasca: medio sujetos a la moto y con la lengua volando sobre el colín.



1: La peligrosa banda de delincuentes habituales posa en La Candamia con la Legio VII al fondo. De izquierda a derecha: Adrián, Roberto Calentones, Juan, Chiki y Sergio. Jorge tiró con acierto esta instantánea que ni Chiki logró estropear.